

ción? Una barra de hierro y la reja de una puerta están por otra parte constantemente magnetizadas. Se podrían escribir volúmenes sobre este particular.

Pensaba que mi deber era aprovechar de mi situación en el *Magasin pittoresque* para difundir lo mejor posible en el público el conocimiento de la Astronomía, mi ciencia adorada. En el mes de diciembre de 1864, dibujé las cartas de las constelaciones y las posiciones de los planetas, para constituir la base de un anuario astronómico del año 1865, y estas cartas fueron publicadas en el número de enero del expresado año. Yo desarrollé este anuario de año en año, primero en el *Magasin pittoresque*, desde 1865 a 1884, después en mi *Revista mensual de astronomía*, desde 1885 a 1892, y por último en volumen, a partir del año 1893. Después lo he continuado puntualmente, porque presta servicios a los observadores del cielo y tiene al corriente de todos los descubrimientos. El *Anuario astronómico* para 1911 lleva en el título, año 47. Se puede confesar que esta es una obra de cierta perseverancia, y, añadiré, de una real abnegación, porque este trabajo anual no me reporta un céntimo, lo que, en nuestra época tan práctica, parece poco inteligente. Los lectores que me dispensan el honor de inscribir mis escritos en su orden de producción, pueden inscribir este *Anuario* como que representa la tercera de mis obras, obra que cuenta ya bastantes volúmenes. Estos volúmenes se han ido desarrollando gradualmente, como se puede juzgar por el siguiente sumario resumido :

1893, 191 páginas.	1905, 259 paginas.
1900, 208 —	1911, 330 —

## XVII

La Biblioteca de las Maravillas y la Librería Hachette. — Mi cuarta obra : *Las Maravillas Celestes*. — El placer de dar una sorpresa agradable. — Viaje a Ruán y al Havré. — Sainte-Adresse y el Cabo de la Hève. — Mi quinta obra : *las Fuerzas naturales desconocidas*. — Fundación de una clase de Astronomía popular en la Asociación politécnica.

Apenas había yo terminado (febrero 1865) mi libro *Los Mundos imaginarios y los Mundos reales*, cuando M. Eduardo Charton me habló de su proyecto de fundar en la librería Hachette una « Biblioteca de las Maravillas », que sería formada de una serie de pequeños volúmenes populares, a 2 francos, consagrados a hacer conocer las Maravillas de la Naturaleza. Deseaba empezar por las maravillas celestes y me propuso escribir este primer volumen, para lanzar la colección. « Este no es un negocio, añadió, pues la librería ofrece solamente mil francos por obra, sin ningún derecho de autor sobre las ediciones futuras. Pero yo sé que usted no trabaja por el dinero. Por lo demás, le conozco a usted bien, el asunto le es familiar, y, si usted quiere, puede escribirlo en un mes. »

La proposición me satisfizo en extremo. Estaba encantado con poder distraerme en escribir un libro



puramente literario sobre un punto agradable, y me proponía, cuando llegara el buen tiempo, ir a escribirlo acostado en la hierba, en el bosque de Boloña. Había ya trazado mi plan. M. Charton me presentó a uno de los directores de la librería Hachette, M. Emilio Templier, uno de los hombres más agradables que he conocido. En la misma librería escogí asuntos de soberbios grabados y consagré todas mis hermosas tardes de los meses de junio y julio a mi trabajo, componiendo la redacción con lápiz y redactando el todo definitivamente a la pluma al día siguiente en mi oficina. En efecto, la obra estuvo dispuesta a darse a la imprenta en fin de julio de 1865, y fué elegantemente impresa por Simon Raçon, hombre de mucho gusto. El pequeño libro fué tirado a 5.500 ejemplares. Fué publicado en el mes de octubre y agotado en menos de un año. La segunda edición está fechada en « Montigny-le-Roy, octubre 1866 ». Como la librería estaba encantada del éxito para el lanzamiento de la colección, M. Emilio Templier me anunció que, por excepción, y el solo de los autores de obras de esta colección, yo estaría asociado a las ediciones futuras, a razón del diez por ciento por ejemplar. En efecto, las ediciones se sucedieron de año en año, y hace poco se acaba de reimprimir el 60.000°. La « Biblioteca de las Maravillas » ha desaparecido hoy, y la obra forma parte de la « Biblioteca de las Escuelas », fundada después, con un formato mayor (en 8°), pero, a mi gusto, menos agradable. Como se ve, esta fué mi cuarta obra.

Cuando en el mes de octubre, el cajero de la librería Hachette me entregó un bonito billete de quinientos francos, acompañado de veinticinco luises de oro,

me sentí orgulloso al poseer de un solo golpe una suma tan grande, porque las que había recibido hasta allí no se habían elevado jamás a esta altura, y era la primera vez que me veía tan rico. Pero aquí viene a colocarse un pequeño incidente.

Uno de mis amigos más íntimos acababa de casarse, y la joven pareja, muy amorosa y perfectamente feliz con cantar al unísono el divino dúo de amor, veía sin embargo una pequeña nube en su cielo. La fortuna no había ido a visitarlos todavía. El joven era artista pintor, y los cuadros que había esperado vender dormían en su taller. Nos habíamos visto la víspera y, a pesar de su fiereza nativa, yo había comprendido, por ciertas confidencias, aunque bien veladas, que tenían algunos pagos que hacer, que el alquiler de la casa se aproximaba y que el invierno no estaba lejos. La idea me vino pues de jugarles una buena broma. Habitaban del lado de Montmartre y el ómnibus del Odeón podía conducirme derecho a aquellos barrios. Sin detenerme pues, me fuí derecho desde la librería Hachette al Odeón. Era la caída de la tarde, hacia las seis, y la noche estaba próxima; yo sabía que aquel día no comían en su casa. Llegué á su piso y llamé, pero nadie me respondió naturalmente. Entonces retiré un poco el felpudo de la puerta, coloqué el billete de 500 francos, calzado por los 25 luises, junto á la puerta, y los hice deslizar suavemente por debajo de ella. En seguida volví a colocar cuidadosamente el felpudo en su sitio, y me retiré sin que nadie me viera.

Hacia las diez de la noche, y al entrar en la obscuridad, les causó sorpresa oír un ligero ruido metá-



lico : eran los luises que rodaban, arrastrados por el vestido de la joven esposa. Encendieron precipitadamente la luz, miraron y encontraron luises esparcidos por el suelo, los que habían quedado sobre el billete, y, por fin, el expresado billete.

No podían dar crédito a sus ojos, se preguntaron si estaban soñando, palparon, volvieron y revolvieron aquel dinero que colocaron después sobre la chimenea, se abrazaron y saltaron y lloraron de alegría.

Inmediatamente hicieron miles conjeturas y se hicieron varias preguntas. ¿Quién podía ser el autor de aquella pasmosa sorpresa? Ni la menor tarjeta de visita, ni la más pequeña palabra escrita. No estaban en tiempo de pascuas; no eran los Reyes Magos los que habían echado aquello por la chimenea. ¡Oh!, sin duda, pensaron, mañana tendremos alguna carta que nos lo explicará todo.

Después de una noche un poco agitada quizás, esperaron con impaciencia que la portera les subiese la correspondencia de la mañana. ¡Nada, ni una letra! ¡Ninguna explicación!; y el caso es, que la portera no había visto subir a nadie.

Tuve buen cuidado de no mostrarme a ellos en los días siguientes, y el regalo quedó por algún tiempo envuelto en el más profundo misterio. Cuando ocho días después los encontré por primera vez, me contaron la historia y me pidieron mi opinión; hice como que buscaba con ellos quién pudiera ser el autor de la sorpresa entre sus mejores amigos y sus parientes más próximos, y, naturalmente, no pude indicarles a nadie. Algún tiempo después, y al cabo de muchas averiguaciones, y muy intrigados de no recibir indi-

cio alguno, terminaron por adivinar, y yo se lo confesé.

Es cierto que les había causado una gran alegría, pero estoy seguro de haberme sentido mucho más dichoso que ellos. El que presta un servicio se siente seguramente más feliz que el que lo recibe. Los que no hacen jamás un bien a nadie, no saben del placer que se privan.

Por costumbre, continuaba trabajando con un placer infinito unas diez horas por día, interesándome en todas las cuestiones y sintiendo constantemente la falta de tiempo que nos impide aprenderlo todo, porque ¡es tan interesante saberlo todo! Desgraciadamente, la Astronomía por sí sola es una esfera tan vasta que es casi imposible seguir todos sus progresos. Sentía, por el contrario, la obligación de limitarme, ocupándome sobre todo de las observaciones hechas sobre los planetas, y deseando poseer yo mismo buen anteojo con una terraza donde poderlo instalar. Pero todavía no había llegado la hora.

Mientras tanto, buscaba con cuidado todas las observaciones hechas sobre el planeta Marte, en los diversos observatorios, y recibí directamente las observaciones de los principales astrónomos, en particular del Padre Secchi, Director del Observatorio de Roma; de Lockyer, de Londres; de Terby, en Louvain; de Schmidt, en Atenas, etc., y publiqué, en el *Cosmos*, el resultado de mis estudios comparativos. Me ocupaba también en dar, en la misma revista, una historia de la fundación del Observatorio de París, que no se ha reimpresso jamás.



Cuando remiti, en agosto de 1865, a la librería Hachette mi manuscrito de las *Maravillas celestes*, había sentido la imperiosa necesidad de gozar un instante de reposo. Yo habitaba siempre con mis padres. Habiendo cambiado su situación con la mía, habían abandonado la casa de fotografía del boulevard de los Italianos; por mi parte, había dejado de habitar la buhardilla de la rue Richelieu, y habíamos tomado una habitación en la rue Montmartre, n.º 70, en el primer piso del pasaje du Saumon, hoy suprimido, en un sitio extremadamente tranquilo y silencioso.

Como he dicho, tenía necesidad de cambiar un poco de aire, y llegamos aquí, por orden de fechas, a mi primer viaje al mar.

Desde hacía mucho tiempo, mi ambición era ver, contemplar y conocer ese elemento líquido que ocupa las tres cuartas partes de nuestro globo y cuya inmensa extensión parece una imagen del infinito de los cielos. Pero, para realizar este deseo, me era preciso poder tomar, por lo menos, un mes de vacaciones, porque quería vivir, durante algún tiempo, realmente a orillas del mar. El Havre me pareció el punto más directo desde París, con la ventaja de ofrecer en su camino la bella y curiosa ciudad arqueológica de Ruán, la antigua capital de Normandía, memorable sobre todo, á mis ojos, por la dominación de Inglaterra en tiempos de Juana de Arco, y por el suplicio infame de la virgen de Domrémy, cuya casa natal, a algunas horas de coche de Bourmont había yo visitado frecuentemente. Mi programa era hacer el viaje a pequeñas jornadas, visitar Mantes-la-Jolie, pararme dos días en Ruán y después

descender por el Sena, en barco, desde Ruán a Honfleur y al Havre.

En uno de los primeros días del mes de agosto de 1865, y provisto de un billete de 3ª clase, pude escaparme de mis trabajos y echar a volar, por la primera vez, lejos del nido, a mis riesgos y peligros. Perezosamente recostada a orillas del Sena, la ciudad de Mantes me pareció un agradable oasis. Al día siguiente, la grande y laboriosa ciudad de Ruán me llenó de admiración, por su inmenso puerto, por su espléndida situación vista desde lo alto de la colina de Bonsecours y por la arquitectura de sus iglesias y de sus viejas casas. En recuerdo de Juana de Arco, quise habitar una de las antiguas posadas del siglo xv, que habían podido ser testigos de aquellos tiempos desaparecidos, y, en efecto, descubrí una antigua posada adornada de maderas talladas y cuyo techo avanzaba excesivamente sobre la calle, con una especie de buhardilla a la que se subía por una escalera ruinosa. El color local era completo, y después de un día de gran marcha, me sentía feliz y orgulloso de ser el huésped moderno de una de aquellas antiguas casas, prometiéndome una buena noche en una antigua cama normanda de madera maciza. Pero apenas empezaba a cerrar los ojos cuando sentí en el brazo una ligera picadura. Un instante después sentía otra sobre la mejilla, un poco más picante y otras más en los brazos. Aunque rendido de sueño, quise matar aquellas pulgas en la obscuridad, pero el aplastamiento de una de ellas me demostró, por el más nauseabundo de los olores, que no se trataba de ápteros, sino más bien de hemípteros. Encendí la bujía, y, con el más profundo horror, observé, sen-



tándome en la cama, que el muro estaba todo manchado de sangre, procedente sin duda de la exterminación insecticida de las noches precedentes, y que colonias de chinches marchaban hacia el techo. Me levanté de un salto, visité con cuidado mi camisa y mis vestidos, y me volví a vestir más que de prisa. La noche estaba cálida, sofocante y tempestuosa. Los relámpagos se sucedían unos a otros, sonaban los truenos con violencia, y una lluvia torrencial empezó a caer sobre mi techo. Esperé con impaciencia la primera claridad de la aurora para salir huyendo, y descendí ligeramente del antiguo y venerable albergue del siglo xv, para ir a respirar el aire puro de los muelles aun desiertos, haciendo juramento de no llevar mi amor a la arqueología hasta querer habitar cuartos contemporáneos de Carlos VII y del obispo Cauchon. La limpieza higiénica de los tiempos modernos tiene mucho de bueno.

Después de haber visitado piadosamente la torre donde la pobre mártir estuvo encerrada y la plaza del Mercado donde fué quemada viva, abandoné Ruán con la estupefacción que una estatua de Juana de Arco sobre su hoguera no se hubiera levantado todavía sobre aquella plaza histórica que existe siempre, aunque modificada. Aquella estupefacción del año 1865 dura hoy todavía (1911), porque ese monumento no se ha erigido hasta la fecha. ¡Qué singular es la raza humana!

Un pequeño barco, *le Furet*, hacía el servicio de Ruán al Havre, y en mi alegría de admirar las dos orillas del Sena, fui a instalarme a caballo sobre la proa, en la extremidad anterior de la embarcación. El capitán no me hizo ninguna observación, y me

dejó allí. Mis ojos no se saciaban de la contemplación sucesiva de aquellas dos orillas del río, que iban ensanchándose gradualmente, desde Caudebec y Villequier hasta la embocadura, y espiaban con ansiedad las proximidades de aquel mar desconocido para mí. Hubiera querido detenerme en las ruinas de la abadía de Jumièges, donde una antigua leyenda pretende que fueron a encallar los dos enervados hijos de Clodoveo II, a los que su excelente padre había hecho desjarretar para abandonarlos después sobre una embarcación arrojada al Sena; pero tenía prisa de llegar al mar, y dejé aquella visita para otro viaje. Desde Honfleur al Havre, es ya el mar, y las olas eran bastante fuertes, pero me sostuve en mi puesto con gran extrañeza del capitán, y llegué como un conquistador al puerto creado por Francisco I, en 1517, cuya vieja torre marcaba todavía, en aquella época, la fundación real. El Havre data de ayer. Es una de las ciudades más modernas de Europa.

Desde el año 1865, todo lo que quedaba del tiempo de Francisco I ha sido demolido para el ensanchamiento del puerto.

Todo impregnado de las poesías de Lamartine y de la historia de Graziella, había formado el proyecto de habitar, al llegar al mar, una casa de pescadores, sobre la costa. Mi primer movimiento fué pues dirigirme al mar. Pero imposible de descubrir en el Havre la más modesta choza de pescador. Seguí la playa hasta Sainte-Adresse, no viendo cómo realizar mi sueño de soledad sentimental al lado de las olas; busqué durante más de una hora, y en cierto momento reparé algunos escalones abruptos entre las peñas de la costa. Subiendo por ellos, llegué a

CAPITULO ALFONSIANO



una callecilla ascendente que se llamaba *rue des Pêcheurs*. Animado por este nombre, entré en la primera casa a la izquierda, rodeada por un pequeño jardín, y ví sentado un hombrecillo en blusa, reposándose tranquilamente al fin de un día de trabajo. Le expuse mi deseo, diciéndole que, no habiendo visto nunca el mar, llegaba de París con la intención de vivir algunas semanas en la costa, en una humilde casa de pescador.

— No la encontrará usted, me respondió, porque no hay ni una sola a orillas del mar, y si la hay, seguramente no podrá usted habitarla.

Le debí parecer sin duda muy contrariado, por esta imposibilidad, porque pareció tomar muy cordialmente parte en mi disgusto, y añadió en seguida: « Pero esta casa no está separada del mar sino por la costa brava; ¿ quiere usted habitarla? Venga conmigo al segundo piso, y juzgará usted de la vista que tiene. »

Había en el segundo piso una terraza desde la que el panorama se extendía sobre el mar hasta Trouville y sobre toda la alta mar. Quedé maravillado. Era la primera vez que veía desarrollarse ante mí el reino de Anfitrite. El ruido de las olas sobre la playa pedregosa me parecía a la vez una queja y una llamada. La marea subía. Este cuadro me representaba toda una nueva vida desconocida. Contigua a esta terraza, se encontraba una pequeña habitación, muy limpia, desde la que la vista se extendía igualmente sobre la inmensidad de las aguas. El honrado propietario, M. Rassent, puso el colmo a su amabilidad insistiendo para convencerme de la imposibilidad de encontrar mejor posición ni en el Havre, ni en Sainte-Adresse

y, llamando a su esposa, gran mujer de su casa, le dijo: « He aquí un joven que quisiera pasar un mes a orillas del mar, y yo le propongo que viva con nosotros; ¿ qué piensas tú? »

La buena mujer me miró y aprobó la proposición.

« Vivimos solos, añadió, y no tenemos jamás a nadie en casa. Esta habitación es la de un sobrino que no viene nunca. Va usted a aburrirse; pero está usted tan cerca del Havre, que si quiere distraerse allí, nada le será más fácil ».

Me confundí en reconocimiento por aquellas generosas proposiciones y me apresuré a aceptar. « Pero, les dije, nada hemos hablado todavía de un detalle: el precio de mi pensión en un hotel tan bien situado y con patronas tan agradables ». Mis dos huéspedes se miraron.

— ¡ Oh!, replicó la dueña de la casa, nosotros no le pedimos nada absolutamente.

— ¿ Cómo, nada? Entonces me es imposible aceptar.

Aquí se entabló una larga discusión, o por mejor decir un asalto de cortesías, después del cual fué convenido que la tercera parte de los gastos serían de mi cuenta. Mme Rassent era muy buena cocinera, hacía su mercado todas las mañanas y componía excelentes menús mezclados de moluscos, crustáceos y pescados de la más suculenta frescura y regados con una espumosa sidra. Al final de mi estancia en la casa, que duró seis semanas, me mostró su libro de gastos. La cuenta total subía a 140 francos para nosotros tres, o sean 46 francos 65 céntimos para mi parte, incluso la habitación que yo había ocupado. Me parece que

CALLECILLA ALFONCINA

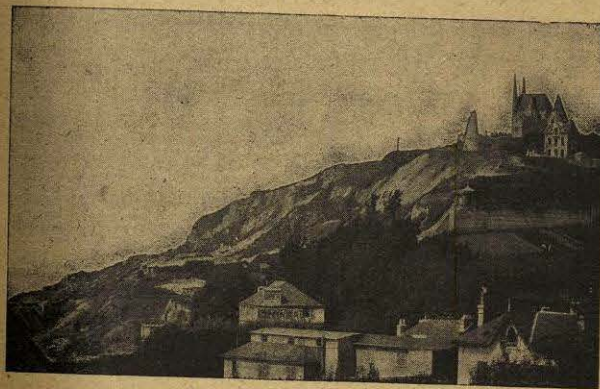


debió haber olvidado la sidra, el azúcar, el café y las provisiones accesorias de una casa (1).

Por lo demás, yo no me ocupaba de la vida material ni de mis desinteresados huéspedes. Pasaba mi tiempo, sea en la terraza, sea entre las peñas, sea en el cabo de la Hève, en observar, en contemplar, en admirar y en estudiar el espectáculo de continuo cambiante del mar y del cielo. Aquella llanura líquida, inmensa y sin límites me representaba una imagen del infinito y de la eternidad. La distancia del horizonte parecía indeterminable y parece variar sin cesar. Unas veces verde, otras gris, otras azul; algunas veces tranquilo y silencioso, lo más frecuentemente agitado y ruidoso, y a veces violento y terrible, el mar se extiende ante nuestros ojos como el más móvil cuadro de la naturaleza, y jamás el espíritu contemplador puede cansarse de mirarlo. La montaña y la selva nos hablan quizás más directamente, porque una vida confusa habita y respira en ellas : pero el mar se impone a nosotros por su grandeza y su voz lo recuerda a nuestra atención aun en las horas de la noche y del sueño. Las mareas producidas por la invisible y misteriosa atracción de la Luna y del Sol vienen y se van dos veces por día, pareciendo entretenernos en la eterna oscilación de las cosas. En aquel tiempo, la costa brava de Sainte-Adresse era bella y estaba solitaria ; ahora está trastornada por la industria y la explotación : la meditación del poeta no encuentra allí ya ningún refugio. Frecuentemente iba a sentarme solo, enme-

(1) Esta casita de la rue des Pêcheurs existe siempre y he tenido el placer de volverla a ver recientemente (mayo de 1911). Tiene hoy el n.º 3 de la expresada calle.

dio de las hierbas salvajes, frente al sol poniente, mirando el disco del gran astro descender lentamente hacia el mar, contando los dos minutos veinte segundos que emplea en franquear el límite de la vista y soñando en las apariencias engañosas de la atmósfera, cuya refracción nos muestra el disco solar enteramente por encima del horizonte, al nacer y al



La costa brava del Cabo de la Hève y Sainte-Adresse, en 1865.

ponerse, cuando está real y enteramente por debajo, y parece advertirnos que la vida entera no es más que una ilusión. Se tendrá una idea de aquella costa brava, en aquella época, por la modesta fotografía que tomé de ella desde una ventana de una casa de Sainte-Adresse, expuesta al norte.

Las puestas del Sol en el mar son a veces de un formidable esplendor. El que las contempla, las observa y procura seguir el descenso gradual del astro del día más allá de la curvatura de los mares, la coloración y la decoloración de las nubes bañadas en los últimos rayos de luz, se siente aplastado por la

CAPITULO I FRANCIA



inmensidad del espectáculo, cuando sabe que esta extensión de agua ocupa las tres cuartas partes del globo, que este globo rueda por el espacio y que somos llevados por las leyes insondables del Destino con una velocidad incomprensible para nuestra débil concepción, puesto que excede de cien mil kilómetros a la hora, y que nuestro proyectil vuela a través de los campos del cielo hacia un punto desconocido e imposible de conocer. El mar se extiende, sin límites, ante nuestra vista, el Sol no se pone sino en apariencia, porque siempre es mediodía para un meridiano, y el incomprensible movimiento de la Tierra es el que nos da las horas sucesivas. Ante ese mar sin límites, que bajo la atracción astral se eleva y se baja como un seno que respira, ante esa atmósfera luminosa y esas nubes de formas caprichosas que nacen y se desvanecen, ante ese movimiento perpetuo de las cosas, no podemos por menos de preguntarnos lo que somos nosotros. Sí, ¿qué somos nosotros? ¿Quiénes somos nosotros? ¿Qué hacemos aquí? ¿Dónde vamos? ¿De qué servimos? ¿Qué significa nuestra existencia? ¿Por qué vivir? ¿Por qué pensar? ¿Por qué sufrir? Nuestra insignificancia relativa parece proclamarse por sí misma con una irresistible evidencia. Y sin embargo, sentimos que existimos. Pero esto es quizás ya demasiado. El ser que no pensara, no sufriría por la insolubilidad de los problemas.

\*  
\* \*

El cabo de la Hève es uno de los más magníficos observatorios para la contemplación de las puestas del Sol. Avanza hacia el oeste como un promontorio elevado unos cien metros sobre el mar, y la costa

brava de aquella « cabeza de Caux » es una enseñanza a la vez geológica e histórica. En la gran marea baja de septiembre de 1865, un viejo pescador me condujo en una barca a unos 1.400 metros de la orilla del mar y me mostró fondos que representaban para él los vestigios del antiguo país, Saint-Denis, jefe o cabeza de Caux, sumergido por una tempestad en 1372, mucho tiempo antes de la existencia del Havre. Se llama a estos fondos el banco del *Eclat* (del estampido) y se creía, en efecto, distinguir allí ruinas.

Hace pocos siglos aun, esta parte de la Galia, que se llamaba Normandía, formaba los límites extremos del mundo conocido de los latinos y griegos. Allí, donde espesos bosques extendían su velo impenetrable; allí, donde los druidas elevaban sus altares de piedra, una brillante civilización discute hoy sobre sus orígenes. En efecto, sobre esta parte, estamos en el límite occidental de la tierra, y allí es donde nuestros padres se pararon, habiendo seguido en sus migraciones el movimiento aparente del Sol, dirección natural que se manifiesta hasta en el lento aumento de las poblaciones hacia el oeste, y de que París es un notable ejemplo.

Esta cabeza de Caux era el Caput Caleti, la cabeza de las *Caletas* que ocupaban la Normandía en tiempos de César y de Lillebonne (Juliabona) era la capital. Era un puerto bien conocido en el siglo xiv, y allí se estableció uno de los primeros faros de Francia (1345). Pero en 1372, una violenta tempestad lo destruyó todo. Se cuenta que un barco iba a perecer en aquella tempestad y que la tripulación desesperada se había puesto a rezar invocando al patrón San Dionisio, cuando el capitán gritó con energía: « ¡Vamos, amigos



míos, levantaos; no es San Dionisio el que nos salvará, sino Sainte-Adresse! (1); Ea, ánimo!» Una inteligente maniobra llevó el barco a feliz puerto, y el nombre de Santa Adresse hizo fortuna. La costa brava, carcomida desde hacía mucho tiempo, se derrumbó con la iglesia, el cementerio y parte del pueblo. Una real orden de enero de 1373 decidió su restablecimiento en el valle donde vemos hoy a Sainte-Adresse, nombre adoptado por el nuevo país. El mar ha continuado royendo las rocas; el faro ha tenido que retroceder de siglo en siglo; las dos torres que se ven han sido elevadas en 1775, y el mar no tardará en alcanzarlas de nuevo. El sendero que yo seguía en 1865 á lo largo de las rocas ha sido llevado hace unos veinte años. Según las comparaciones que he podido hacer desde el año 1865, la tierra pierde por término medio 2 metros por año, lo cual representa 200 metros por siglo.

Por encima de la rue des Pêcheurs habitaba, en un elegante pabellón, en medio de un jardín, un amigo de la Astronomía que poseía un pequeño observatorio y una bella biblioteca, M. Dufour, de quien tendremos sin duda ocasión de hablar más adelante, y del que llegué a ser amigo.

A propósito del Cabo de la Hève, notaremos de paso una pequeña curiosidad. Había allí cerca de los faros una casita donde se iba a refrescar. Encima de la puerta, noté esta muestra extravagante: «Sidra de Normandía pura sangre».

A partir del año 1865 me interesé en el estudio de

(1) Significando la palabra «adresse» destreza, habilidad, es de suponer que este capitán utilizó el nombre de la santa en sentido figurado. (N. D. T.)

la variación de las costas, punto sobre el cual publiqué un gran número de investigaciones variadas, desde el cabo de la Hève al norte del Havre, hasta el caserío de Limes, junto a Dieppe, hasta Dunkerque y la Holanda, al norte, hasta Noirmoutier, Arcachón y San Juan de Luz al oeste, hasta las Bocas del Ródano, y hasta las Saintes-Maries al mediodía, y hasta la ciudad de Adria, que da su nombre al Adriático.

Este primer viaje al mar me había instruído al mismo tiempo que me había hecho descansar. Para volver a París, hice una parte del viaje a pie, es decir seguí primero la costa, unas veces por el sendero de los aduaneros, otras por la carretera, hasta Etretat, Fécamp, Saint-Valéry y Dieppe, donde tomé el tren para París. Un día, atravesando un pueblo, no lejos del mar, sentía hambre y pedí una taza de leche a una buena mujer sentada en la puerta de su casa. Era una abuela rodeada de tres o cuatro nietos mosqueados, coloradotes, sucios y encantadores que se revolcaban en la hierba. Se informó de mi viaje y se extrañó al saber que yo había ido de París para ver el mar, afirmándome que ella no lo había visto jamás, aunque no tenía, por decirlo así, más que volverse para mirarlo, porque no distaba de él más de 400 o 500 metros. He conocido un cultivador, en Juvisy, que jamás había visto París, cuando no dista más que 20 kilómetros ¡Hay verdaderamente seres poco curiosos! Aquella buena normanda parecía sentir su avanzada edad y temer su muerte próxima. «Pero, le dije, nosotros no morimos enteramente, y se resucita. — ¡Oh, señor, replicó mostrándome sus nietos, he aquí la resurrección!»

En Dieppe, lo que más me interesó fué el caserío



de Limes, llamado también Campo de César, o antiguo campo galo-romano, en la cima de las rocas de Puys. Allí también, como en el cabo de la Hève, tomé algunas medidas y coloqué piedras a lo largo del cabo, al borde de las rocas, prometiéndome volver algunos años después, para ver si se continuaba la erosión. Lo comprobé precisamente en 1871 y después. Sobre esta costa, las rocas son carcomidas por su base por el mar tan continuamente como en el cabo de la Hève.

Dieppe fué mi última etapa de aquel primer viaje. Tomé el tren para entrar directamente en París, demasiado en retraso en todos mis trabajos.

Encontré la gran ciudad, los boulevares y los periódicos extremadamente agitados por un pequeño teatro, la sala Hertz, donde dos americanos, los hermanos Davenport, daban sesiones ruidosas. Se hacían atar y encerrar en un armario, produciendo allí una algazara infernal. ¿Cuáles eran las fuerzas en juego en estos ejercicios? Nadie lo sabía. Pretendían que eran espíritus, sin probarlo sin embargo de ninguna manera. Antes de haber visto nada, los periódicos de París declararon que allí no había seguramente más que juegos de manos y abrumaron a los experimentadores con sus sarcasmos, no teniendo por otra parte la paciencia de observar lo que hacían. Con marcada parcialidad lo negaron todo e impidieron toda experiencia. Sin duda alguna, era natural atribuir aquellas maravillas a la prestidigitación, pero no era racional afirmar nada sin ver. En la librería académica, M. Didier me pidió que protestara contra aquel método, que no era lógico ni científico, y redacté entonces (20-25 de octubre de 1865) un pe-

queño libro de 152 páginas titulado *De las Fuerzas naturales desconocidas*, estableciendo que, de una parte, no teníamos el derecho de negar nada sin querer oír razones y que mi experiencia me había ya convencido, por otra parte, que existen *fuerzas desconocidas*. Por otra parte, tenía cuidado de declarar que yo no defendía a los hermanos Davenport, que me eran desconocidos e indiferentes, sino solamente *el principio* mismo de la discusión. Yo había firmado este opúsculo con el seudónimo de HERMÈS. En apéndice se encuentra en él la relación de una sesión dada por los experimentadores en el palacio de Saint-Cloud, el 28 de octubre, en presencia del emperador, de la emperatriz, del joven príncipe imperial, del general Favé, del barón Mario de l'Isle, prefecto del palacio, del marqués de Lagrange, caballero de la emperatriz, de M. Duperré y otros familiares de la corte. Esta sesión, tranquilamente observada, dejó en el espíritu la impresión de que en aquello había fenómenos inexplicados. Se ha pretendido que fué cogido Home en flagrante delito de fulleria; esto no es probable, puesto que el emperador quedó muy perplejo sobre estos fenómenos, según lo que me refirió Alfredo Maury en sus *Cartas* escritas de Vichy.

Este ensayo sobre *las Fuerzas naturales desconocidas* llegó a ser mucho tiempo después, en diciembre de 1906, la importante obra de más de 600 páginas publicada con el mismo título, reimpresa, más completa aun en 1908 y en 1909, en la que la existencia de estas fuerzas físicas y psíquicas desconocidas está irrevocablemente establecida.

Esta era mi quinta obra.



Poco tiempo después (5 de diciembre de 1865) tuve el verdadero dolor de perder al editor Didier que me había tomado en tan viva afección y había ofrecido a mis principios en la carrera su protección verdaderamente paternal. Se me rogó pronunciar sobre su tumba un discurso resumiendo su vida; acepté, pero fui más raramente emocionado que en el cumplimiento de este triste deber (1).

En el mes de octubre de 1865 difundía los conocimientos astronómicos en el público: 1º por mis primeras obras, *la Pluralidad de Mundos habitados, los Mundos imaginarios y las Maravillas celestes*; 2º por la revista semanal *el Cosmos*; 3º por su anuario y 4º por el *Magasin pittoresque*. Me pareció que podía hacer un poco más aun y añadir la palabra a los escritos. Me acordé de la Asociación politécnica y de los servicios que estas clases me habían prestado cuando yo no tenía otros recursos que aquellas clases gratuitas para continuar mi instrucción; tenía con ella una deuda de reconocimiento que pagar; pensé en dar gratuitamente una clase cuidadosamente preparada; la astronomía no se enseñaba allí; fui a informarme del presidente, Augusto Perdonnet, que me envió al secretario general, Menu de Saint-Mesmin, el cual era prefecto de los estudios en el colegio Chaptal. Cuando me presenté, éste estaba ya prevenido de mi visita por Perdonnet, ingeniero de la Compañía del Este y director de la Escuela Central, que había en seguida designado dicha Escuela para mi proyectada clase. Pero Menu de Saint-Mesmin, en el colegio Chaptal, me convenció que el mejor distrito de París

(1) Él también, me había prometido manifestarse: jamás nada.

para la difusión popular era el distrito del Conservatorio de Artes y Oficios, y que el anfiteatro de la Escuela Turgot, rue du Vert-Bois, era completamente indicado para el éxito. En efecto, desde el primer día, la sala estaba archillena y fui acogido con una calurosa ovación. Obreros y aprendices de todas las edades acudían en masa con el más ávido deseo de instruirse. No hubo más que una voz en la prensa para comparar aquellos cursos con los de Arago, tan unánimemente sentido, y para celebrar mi triunfo.

Ante esta comparación, el sentimiento de un deber absoluto se impuso a mi pensamiento: procurar hacerme digno de un tan gran maestro.